

Conclusiones [en *Martín Lutero: un destino*]

Lucien Febvre

*Duae gentes sunt in utero tuo,
et duo populi ex ventre tuo dividuntur*¹

Génesis, XXV, 23

El diario de Antonio Lauterbach nos ha conservado una conversación de mesa bastante impresionante. El 27 de junio de 1538, Martín Lutero cenaba en Wittenberg con el maestro Felipe Melanchton. Los dos hombres estaban tristes. Hablaban del porvenir.

“¿Cuántos maestros diversos seguirá el siglo próximo?, interrogaba el doctor. La confusión llegará al colmo. Nadie querrá dejarse gobernar por la opinión o por la autoridad de otro. Cada uno querrá hacerse su propio Rabí: ved ya a Osian-der, a Agricola... y entonces, cuántos enormes escándalos, cuántas disipaciones. Lo mejor sería que los príncipes, por un concilio, previniesen tales males; pero los papistas escurrirían el bulto: le tienen tanto miedo a la luz...”. Sin embargo, Felipe hacía eco a su maestro: “Oh —exclamaba a su vez—, quiera Dios que los príncipes y los Estados puedan convenir en un Concilio y en una fórmula de concordia para la doctrina y las ceremonias, con prohibición para cada uno de alejarse de ellas temerariamente para escándalo del prójimo. Sí, tres veces lamentable el rostro de nuestra Iglesia, enmascarada bajo semejante capa de debilidades y de escándalos”.

¿Frasas de vencidos? No nos preocupemos de Felipe Melanchton. Martín Lutero ¿tenía razón de estar tan desolado aquella noche, y tan desesperado? Y verdaderamente, ¿verdaderamente era un vencido?

|

Sin duda, cuando miraba a su alrededor, veía en tierra más ruinas que edificios. ¿Ruinas?

Había llenado la tierra con ellas. Ruinas colosales, de las que sin duda no era el único responsable; otros, con él o aparte de él, otros rudos obreros habían colaborado también con el tiempo; pero con qué poderoso hombro él, Martín Lutero, había apoyado el esfuerzo brutal de los demoledores. El papa expulsado, total o parcialmente, de diez países de vieja obediencia. El Emperador, reducido cada vez más a una actividad local en un Imperio menos unificado que nunca. Las divisiones religiosas exasperando los antagonismos políticos, sobreexcitando las oposiciones nacionales. Sobre todo, la Iglesia dividida en trozos, dañada a su vez en su estructura corporal y en su razón de ser espiritual; la Iglesia, la vieja Iglesia ecuménica, atacada y vilipendiada bajo el nombre de Iglesia papista, proclamada inútil, malefactora, de origen y de textura humanos, mientras el sacerdote, despojado de su carácter sagrado, sustituido por un funcionario controlado por el poder civil, se veía también expulsado sin honor del viejo edificio del que había hecho la grandeza y la fuerza.

Las ruinas eran vastas. ¿Qué había construido Lutero, en tanto? ¿Qué había edificado sobre el terreno conquistado?

Reforma y Libertad: tal había sido, durante años, el grito de guerra, el grito de unión de sus partidarios. ¿Reforma? Lutero no era un reformador. Esto estaba demasiado claro. Además, cuando en 1517 se había alzado frente a la Iglesia, ¿qué pretendía? ¿Reformar a Alemania? ¿Fundar una Iglesia luterana? No. Lutero había partido para cambiar las bases espirituales de la Iglesia cristiana. Lutero había partido, alegre, confiado, teniendo a su Dios en él y con él, para volver a encontrar unas fuentes perdidas y que ya no manaban en los

patios de las iglesias o en los claustros de los conventos. Como su amigo el viejo Cranach en sus cuadros ingenuamente complicados, también él soñaba con la fuente de Juvencia. Sabía en qué lugar, milagrosas, sus aguas surgían de una vena inagotable. Convidaba a beber a la cristiandad entera.

Martín Lutero no había tenido éxito. Sin duda algunos creyentes aislados, y algunas agrupaciones también, colectividades, pueblos y estados, seducidos, habían aceptado tomarlo por guía, beber confiadamente en las fuentes que él indicaba. Pero un éxito parcial ¿no era el fracaso, puesto que el innovador había sido echado de la Iglesia, expulsado por ella, excomulgado, y puesto que esta Iglesia, sin él, a pesar de él, contra él, había continuado su ruta, su marcha secular por los caminos consabidos; la Iglesia tradicional, con su jerarquía, sus obispos ligados al papa, sus papas orgullosos de su serie continua? Allí seguía estando la vieja Iglesia, asentada sobre las mismas bases. En Trento iba a su vez a rejuvenecerse, a tomar un baño de tomismo, de ese tomismo en el que Lutero, por instinto, aborrecía a su rival, a su enemigo más mortal. Y le decía a Lutero, no dejaba de decirle: “Tú, que pretendes ser el hombre de Dios, pruébanos que eres de Él, de Él y no del Otro. Tu fracaso mismo, tu fracaso relativo pero seguro, ¡qué mentís!”. Argumento muy fuerte en ese tiempo, y que un Lutero no podía refutar airoosamente. Porque no era un protestante liberal de hoy. Verse reducido a las proporciones de un simple jefe de secta era, hiciera lo que hiciera, pretendiera lo que pretendiera, la derrota...

Reforma y Libertad... Sin duda, el yugo del papa, el yugo de la Iglesia, lo había sacudido con gran vigor. A los que le habían seguido, los había liberado plenamente. Pero ¿había que cantar victoria si había puesto en el lugar de un yugo pesado el yugo todavía más pesado del príncipe, del Estado creado y puesto en el mundo por Dios para velar sobre los intereses,

las costumbres, los mismos dogmas de la comunidad cristiana? ¿No se gloriaba Lutero de haber fundado de nuevo, más sólidamente que nunca, su omnipotencia secular y temporal, de haber vuelto a encontrar y haber renovado sus títulos, de haberlo redoblado, finalmente, por decirlo así, con la omnipotencia espiritual de Dios? Y en cuanto a la liberación espiritual y moral, en cuanto a la libertad de conciencia entendida como la entendemos, y a la libertad de pensamiento: el Lutero envejecido de 1538, el Lutero del diálogo con el maestro Felipe, se habría estremecido al haber reivindicado su efecto bienhechor para los hombres. Lutero había fracasado. Y ni siquiera debemos preguntarnos si no hay muchas razones profundas para regocijarnos de ese fracaso. Porque, en el designio al mismo tiempo múltiple y coherente del agustino; en su pretensión de imponer a la universalidad del mundo cristiano, como precio de su fe, la negación feroz (y tan antipática en el siglo del Renacimiento para tantos espíritus formados por los antiguos en un humanismo digno de su nombre), la negación obstinada y rabiosa de toda dignidad, de todo valor, de toda grandeza humana independiente de la gracia divina; en su afirmación apasionada del Siervo arbitrio que levantará contra él no solamente a Erasmo, sino a tantos hombres de pensamiento libre en su tiempo, desde Rabelais hasta Giordano Bruno y Campanella; en esa tentativa, finalmente, de un cristiano puramente cristiano para rehacer la unidad cristiana sobre bases nuevas y predicar un credo hostil a todo lo que una élite empezaba a amar, defender y promover, cuántas quimeras anacrónicas en verdad, y útiles para regocijar, en sus horas de insomnio, el cerebro de un monje poco al corriente de su siglo.

II

Contra un molino de viento vetusto y caduco, no levantemos nuestras lanzas ventajosas. Sencillamente, tomemos por nuestra cuenta, para aplicarla a su autor, la vieja distinción sobre la que Lutero se apoyó tantas veces. Hay



el plano del mundo y el del más arriba, el del más allá supraterrrestre. El reino terrenal y el reino de Dios. La esfera de lo temporal, pero también la de lo espiritual y lo sagrado.

En el plano del mundo, Lutero parece fracasado. Porque, como el creyente cuyo retrato ideal dio él, no se interesó con todas sus fuerzas en lo que pasaba en este plano. No se lanzó a la conquista de las cosas. Se movió en medio de ellas, como el actor en medio del decorado. No paseó por él más que despreocupación y despego del alma.

Lo que dejó detrás en la tierra es una contrahechura irrisoria del edificio que, inspirándose en sus ideas, un arquitecto algo dotado y que creyera en su tarea, que creyera en la necesidad de construir una obra hermosa y duradera, habría levantado sin esfuerzo sobre el suelo, descombrado por una mano poderosa del rebelde. El luteranismo institucional, con sus debilidades y sus taras, tal como se realizó en la Alemania de finales del siglo XVI y comienzos del XVII —bajo la tutela de pequeños príncipes mezquinos y fatuos, bajo el control mecánico de la burocracia, con sus dogmas sabiamente pulidos y repulidos por el talento microscópico de teólogos aplicados—, decir de tal luteranismo que traicionaba al hombre de Worms, al autor de los grandes escritos de 1520, no es bastante. Lo hubiera cubierto de vergüenza, si no le hubiera sido casi completamente extraño.

Pero hay el dominio del Espíritu. La otra esfera. Y ese Lutero que no tenía nada de un constructor enamorado de la duración y preocupado de poder grabar, sin demasiada ironía, en el dintel de una casa sólida el viejo dístico burgués:

*Stet domus haec, donec fluetus formica marinos Eibat, et totum testudo perambulet orbem,*²

ese Lutero era en cambio el primero, el más denso si no el más rico de esa cadena discontinua de genios heroicos, filósofos y poetas, músicos y profetas, que no porque no hayan

traducido todos en el lenguaje de los sonidos sus deseos tumultuosos, sus aspiraciones al mismo tiempo fuertes y confusas y el malestar de un alma que no sabe escoger, merecen menos el nombre justificado de genios musicales. Es la vieja Alemania la que los ha dado al mundo y, en sus obras frondosas como selvas de leyenda germánica, alternativamente iluminadas por rayos de luz y luego sumidas en insondables tinieblas, esta Alemania encuentra con orgullo los aspectos eternos de su naturaleza ávida, de apetitos infantiles, que no cesa de amontonar, para un gozo solitario, los tesoros y los prestigios de los mundos: ordenarlos no es su preocupación.

Lutero es uno de los padres del mundo moderno... Los franceses emplean gustosos esta fórmula u otras análogas y de igual resonancia. A condición de que se anote escrupulosamente cuán involuntaria fue esta paternidad, cuán poco realizó el hijo indeseable los anhelos de su genitor, se la puede transcribir, si se quiere, y tomarla por cuenta propia*.

Lutero, al vivir, al hablar, al mostrarse como lo que era, creó, como tantos otros, numerosas situaciones de hecho, a su vez generadoras de consecuencias espirituales o morales que él no había previsto. Y por haber realizado el cisma sin restablecer la unidad; por haber debilitado y disminuido materialmente a la Iglesia católica; por haber creado condiciones propicias al nacimiento de sectas innumerables; por haber provocado entre los laicos la discusión de cuestiones religiosas; por haber expuesto la Biblia a las miradas de los curiosos; por todo esto y por muchas otras cosas, es indudable que el reformador merece el agradecimiento de hombres que nunca dejó de combatir y detestar. Que haya permitido en definitiva a Bossuet, y a muchos otros más, escribir, cada uno a su manera, la Historia de las Variaciones, es tal vez su título de gloria. Es ciertamente una de esas ironías formidables cuyo secreto conoce la historia. El viejo Proudhon se ríe en alguna parte de esos abisinios que, “atormentados por la tenia, se

deshacen de una parte, pero teniendo cuidado de conservar la cabeza". En esta postura, con su frescor de hombre del Franco-Condado, el hijo del tonelero de la calle del Petit-Battant se complace en mostrarnos a Martín Lutero. Y le es fácil señalar después que no se le da su parte al espíritu crítico como uno quiere; que querer "en nombre de la crítica comprometer a la crítica" y circunscribir con prudencia un incendio espiritual es quimera. Tiene razón. Y se pueden suscribir hoy, como en 1853, las conclusiones de *La Révolution Sociale démontrée par le coup d'État du Deux Décembre*. Su forma las fecha ligeramente, pero en la medida en que la frase impresionante de Proudhon es exacta: "La religión, para nosotros, es la arqueología de la razón", podemos saludar a Lutero con el título de Precursor. Involuntario, se entiende. Y podemos, debemos hacer más.

La Alemania luterana, en los siglos pasados, la Alemania de los teólogos oficiales y de los pastores dependientes de la *Kleinstaaterei*³ (Napoleón dirá: asnos hereditarios), pudo durante años desentenderse de Lutero casi por completo, y significar al mundo, de todas las maneras, que no tenía nada que ver, verdaderamente nada, con el idealismo magnífico, el impulso apasionado, la fe viva del libre cristiano de 1520. El espíritu de Lutero no cesó por eso de flotar sobre las aguas germánicas. ¿Y cuáles son los hechos verdaderamente esenciales de la historia de Alemania, en el sentido más amplio de la palabra historia; cuáles son, si se prefiere, las maneras de ser más características del pensamiento y de la mentalidad germánicas que no alumbre para nosotros, con una luz reveladora, un conocimiento, por poco reflexivo que sea, de la obra, de la doctrina, de la fe profunda del profeta de Worms? Pero también, cómo nos explican estos hechos y estas maneras de ser a un Lutero.

III

Vamos diciendo: "Ved a este hombre. Tan bien dotado para la meditación, y qué torpe para la

acción. En los tiempos en que pretendía escalar el cielo, dos o tres toperas, a ras de tierra, le hicieron tropezar y le inmovilizaron, torpe y pataleante". Desgracia individual, al parecer; desventura fortuita... Pero Lutero ¿será el único, en Alemania, entre los hombres verdaderamente grandes de su país, que no pudo llevar a buen término su revolución?

Fórmula muy francesa por lo demás, que se nos viene a la pluma naturalmente. ¿Cuál es su sentido para un alemán, si es verdad que las revoluciones, en Alemania, se quedan siempre en individuales; que sus autores, genios heroicos, no se han preocupado nunca de poblar la tierra de edificios molestos y sin vida: para eso están los albañiles, los contratistas, incluso los consejeros de arquitectura, por cuenta y bajo la dirección de los pastores y de los príncipes? Así debe ser y los espíritus libres no tienen nada que ver con semejantes tareas. Conquistar para sí mismos, apoderarse de su propia verdad revolucionaria; sobre las ruinas del viejo orden de las cosas, como arado por la explosiva violencia de su sinceridad, hacer surgir un orden personal y autónomo; y mientras que la masa trabaja en humildes labores, entrar en comunión directa, por el pensamiento, con lo Divino, esto les basta y los colma. ¿Lo demás? No es Lutero el único que lo desdeñó. ¿Para qué?, dicen unos y otros. A quien ha bebido el vino embriagador de lo absoluto, ¿qué le importan vuestras pequeñas vendimias terrenales?

Pensemos siempre en esto, si queremos comprender. Por sus divisiones claras, precisas, uniformes, el metro satisface nuestros gustos de hombres lógicos. ¿Nos deja captar con suficiente flexibilidad esas relaciones sutiles que, con ayuda de otras medidas, los viejos arquitectos, ignorantes de las secas relaciones decimales, regularon y quisieron para sus construcciones? Los revolucionarios alemanes de los cuales lamentamos, según nuestras ideas, unas veces el fracaso y otras lo poco que se ocuparon de pasar a los actos, debe-

mos dejar de verlos como Constituyentes sin suerte o Convencionistas incapaces. Más bien debemos evocar ante nosotros la figura de ese Fausto que lanza el anatema sobre todos los prestigios, perfora todas las ilusiones, maldice lo que el hombre se goza en poseer: mujeres o niños, criados o arados, Mammón revolcándose en su oro, el amor que exalta e incluso la esperanza, la fe y el dolor... Echa abajo la felicidad del mundo; rompe el universo con su mano implacable, a fin de poder levantarlo de nuevo, reconstruirlo en su corazón; y los espíritus, testigos aterrados del drama, se llevan a la Nada los despojos de un mundo. Sin embargo, en la tierra, desentendidos de esas catástrofes espirituales, los hombres gregarios giran sin duda en redondo, sobre el orden reverenciado de sus superiores.

Porque éste es el segundo aspecto de las cosas. El suelo, del que se desinteresan los genios heroicos — en el que no aceptan mantener sino su cuerpo, mientras su espíritu boga por el empireo — es invadido por los pastores con sus perros de guarda. Y mandan, dirigen, gobiernan. Designan la meta, su meta. Las multitudes se dirigen hacia ella, dóciles, al ritmo que se les indica. Se prestan, sin resistencia ni esfuerzo, a la disciplina impuesta. Se colocan, metódicamente, en los cuadros de una Iglesia visible, que se articula estrechamente con el Estado. Este, con todas sus fuerzas, sostiene a aquella. Aquella, en cambio, hace participar al Estado de su carácter de institución divina, directamente querida e instaurada por Dios, a quien, por lo tanto, no se puede, no se debe resistir. Y todo esto es Lutero. Todo esto también es Alemania, desde Lutero hasta nuestros días. Ahora bien, en este complejo de hechos, de ideas y de sentimientos, ¿quién hará exactamente la división entre lo que vino de Alemania a Lutero o, inversamente, de Lutero a Alemania?

“El luteranismo — se ha dicho — es una concepción de la vida. Y es en toda la vida alemana donde habría que estudiarlo”. Es verdad. Lute-

ro, uno de los padres del mundo y del espíritu moderno, si se quiere. Uno de los padres del mundo germánico y del espíritu alemán, sin duda. En la justa medida, se entiende, en que hay “un” espíritu alemán, así como también, por otra parte, hay “un” espíritu moderno.

El 27 de junio de 1538, a Felipe Melanchton, humanista alimentado en las buenas letras y, en su Sajonia de largos inviernos, alumbrado (lo quisiera o no) por un reflejo de sol helénico, a este hombre moderado para quien la palabra razón tenía todo su sentido, le era permitido lamentarse. ¿Y a Lutero? Hacía mal, él, en abandonarse, en repetir palabras tales como las que cualquiera de sus amigos, o incluso de sus enemigos, hubiera dicho sin esfuerzo y naturalmente. Hacía mal, como tantas otras veces, en dejar hablar en él al hombre, al grueso hombre sentado a la mesa burguesa de su burguesa casa de Wittenberg. Este hombre tenía tal vez derecho a estar triste. El profeta, no. Porque no se había engañado: no hay aduanas, no hay cárceles para las ideas. Son inasibles y propiamente indestructibles.

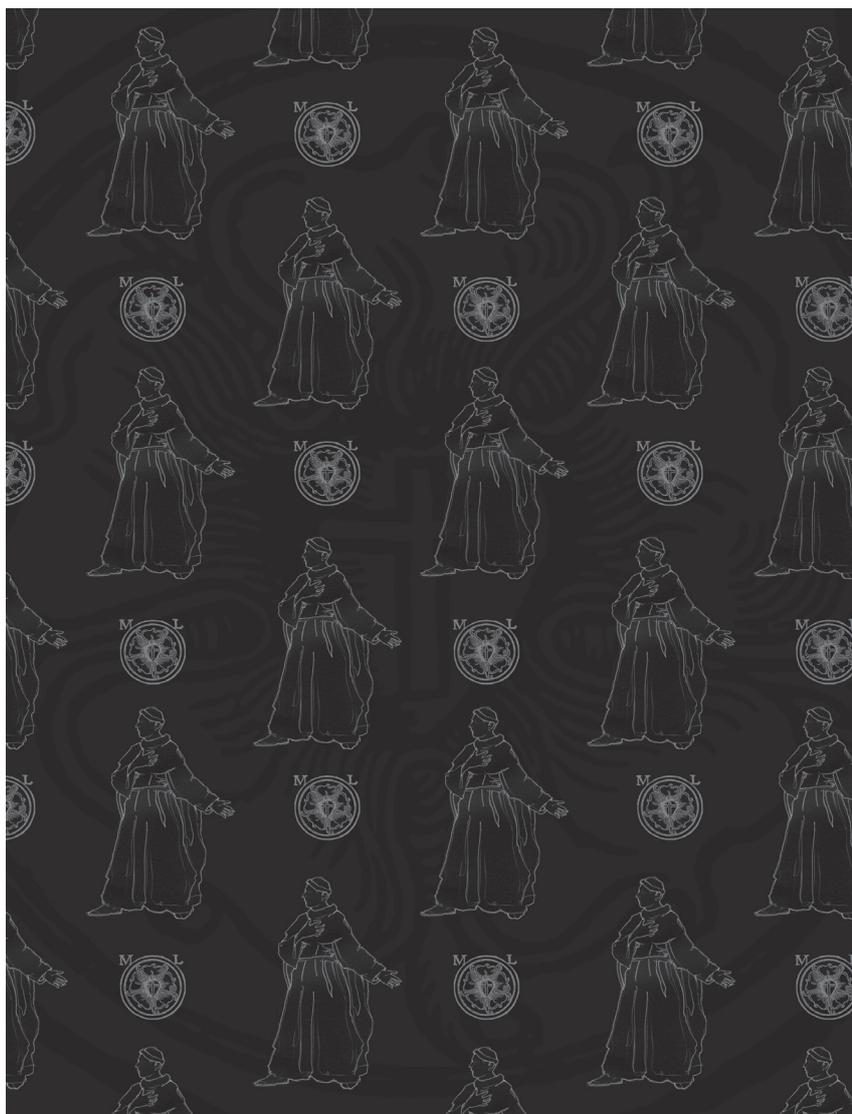
Lutero había sembrado suficientes ideas por toda Alemania para contar con una hermosa sobrevivencia. ¿Qué era la Iglesia de Sajonia, con sus dogmas y sus pastores, sus templos y sus ritos, al lado de la magnífica posteridad que el idealista de 1520 debía ver levantarse en la Alemania que lo había alimentado? Magnífica y temible a veces. Porque, entre el maestro Felipe que Lutero nos muestra siempre preocupado por la suerte de los imperios y de los graves problemas de la política, y él, Lutero, que no sabía interesarse más que en sí mismo, en su conciencia y en su salvación, sólo el último debía más tarde ejercer sobre la política una acción al mismo tiempo lógica e imprevista. Poderosa sin duda. ¿Saludable para la paz de los hombres y la felicidad del mundo? Es otra cuestión. Y, por lo menos aquí, no es la nuestra.

No juzgamos a Lutero. ¿Qué Lutero, además, y según qué código? ¿El nuestro?, ¿o el de la

Alemania contemporánea? Prolongamos sencillamente, hasta los extremos confines de un tiempo presente que estamos mal preparados para apreciar, con sangre fría, la curva sinuosa, y que se bifurca, de un destino póstumo.

Notas

* Corresponde a la nota 229 de la edición referenciada de Lucien Febvre: Jacques Maritain coincide conmigo en este punto, en una página notable de sus *Notes sur Luther* (p. 610), con la diferencia de que él concluye lanzando el anatema sobre el mundo moderno, en lo cual yo no lo imito precisamente. Pero dice muy bien: "Lutero mismo no era ciertamente un hombre moderno, ni más ni menos que no era un protestante. Esto no impide que esté en el origen del mundo moderno, del mismo modo que está en el origen del protestantismo. Y esto precisamente es lo que hace el inmenso interés de su caso: católico, fulminado, santo fracasado, en su manera falsa y furiosa (y en la que, en realidad, el Yo se convertía en centro y regla soberana) de lanzarse sobre ciertas grandes antiguas verdades demasiado olvidadas a su alrededor (confianza en Cristo y desprecio de sí, valor de la conciencia como regla inmediata de nuestras acciones, imposibilidad para el hombre caído de un estado de perfección natural adquirido sin la gracia de Cristo, etc.) es donde se ve aparecer en él el principio de los errores modernos". Y añade: "Que la idea de una religión individual haya horrorizado a Lutero, que haya amado siempre la idea de una Iglesia... estamos persuadidos de ello. Pero, al liberar a las comunidades cristianas de la 'tiranía romana' y de la autoridad espiritual del Vicario de Cristo, las arrancaba en realidad a la unidad del cuerpo de Cristo para encarcelarlas a pesar suyo en el cuerpo temporal de la comunidad política o nacional, y someterlas finalmente a la autoridad de



esos príncipes que detestaba". He querido citar esta página difícilmente accesible.

- 1 Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde tus entrañas.
- 2 "Que esta casa dure hasta que una hormiga drene el mar tempestuoso y una tortuga dé la vuelta al mundo". Inscripción en el dintel de una abadía medieval en la isla de Inchcolm en Edinburgo.
- 3 Término despectivo para aludir a la fragmentación de Alemania en la primera mitad del siglo XIX en pequeños territorios soberanos.

Fragmento tomado con fines divulgativos del libro *Martín Lutero: un destino* de Lucien Febvre (traducción de Tomás Segovia, México, Fondo de Cultura Económica, 1998).